Dos poemas

JULIO TRUJILLO



FRUTAS PARA ALBERTO CAEIRO

Puedo decir de las guayabas
(las plurales,
las que modestas colman los huecos del frutero)
que en olorosos pares yerguen
su deseo,
que más allá del fresco
sugieren una turba por venir,
una tibieza presentida que se cumple.
Puedo decirles niñas en puñado
que a punto del sonrojo
se entregaron.

Del mango puedo festejar su lonja,
sus cachetes promiscuos
y el amarillo
que a sí mismo se adjetiva.
Puedo indagar
hasta que el hueso
clausure la espesura.
Puedo exprimirlo como a bota
de Pamplona.
¡Gorda gota solar!

El higo aunque parece
un fruto que ha parido la amargura,
la obesa lágrima
caída
de un cielo atormentado
y pobre en sol,
guarda en su alforja a la lascivia misma,
es todo pulpa húmeda y deseante,
libido presa
en el convento de su piel:
brasa incógnita.

Y la asamblea
de las uvas
leales,
puras:
collar
de cuentas
nítidas,
racimo
de pupilas,
agua
oval.

Puedo decir sandía
y desflorarla,
San Día,
o allanar una penca,
o pervertir los veinte labios
de aquella mandarina.
Pero la fruta no es emblema
ni parábola.
Es.
Ahí está en el frutero,
deslumbrante,
y así me basta para dártela.

XURANDÓ

Para Álvaro Mutis

Es lenta el agua y en el fondo
se pudre una falúa,
sus piezas se corrompen desde siempre,
se ablandan, ceden las junturas,
el agua —que es el tiempo—

las recubre con su pátina
de moho,
el río las asimila:
son el río.

(Es lenta el agua como esta lenta ele,
como decir llona, e ir callando.)

Respira el río lejano,
su ánimo de vía y de viandante impone un
[ritmo,
es la manera de pasar
pero quedarse
y ser huida:
el agua conocemos,
nunca el río.
Allá en el fondo la madera se consume.

Zumba el día.
Es el calor que se embadurna
en cada mangle,
es un bochorno obeso
en cuya pasta mama
la fatiga.
Los párpados le pesan a la fronda
empalagada.
No es el ardor,
es la opresión del mediodía.

(Sobre una gavia el aire es más ligero.)

Apenas llueve.
Anuncia un zinc anónimo las gotas.
Ha estado ahíta desde siempre
la esponja de la selva:
todo le sobra,
todos los poros un estanque
y cada estanque ahogándose
en su hartura.

Ansían
la piel esbelta los zancudos,
picar un corazón blando y rollizo,
sorber sorber sorber hasta el hartazgo.
Y no, aquí la piel se trenza
con fuego y aguardiente
y el caldo de la sangre
es para el tajo
del acero.

(No me preocupo ni me ocupo de mi muerte,
la llevo adentro.)

Irrumpe un griterío:
monos y loros rechillantes
e invisibles,
vuelo veloz de garzas asustadas,
grillos gigantes pasándose la voz:
se oye un motor
sin ritmo
que asciende la corriente.

Es un lanchón con asma
que lucha pertinaz contra las aguas.
Es un osado saurio
que va dejando en la pujanza
su aliento de latón.
Truena de proa a popa,
trinca las piezas ígneas del motor
y así con ardua pesantez
fatiga el río.

Desde estribor un hombre ve al vacío.
Alumbra su mirada
un fuego vano,
una luz fría
que se ha volcado hacia la entraña,
hacia una sangre
en donde habita el desencanto.

Pero el lanchón y la figura se desplazan,
van de paso,
el tránsito es su esencia.
En la estela que los sigue
y nunca llega
asoma un fruto
reventado.

(He olvidado
a dónde va la embarcación.)